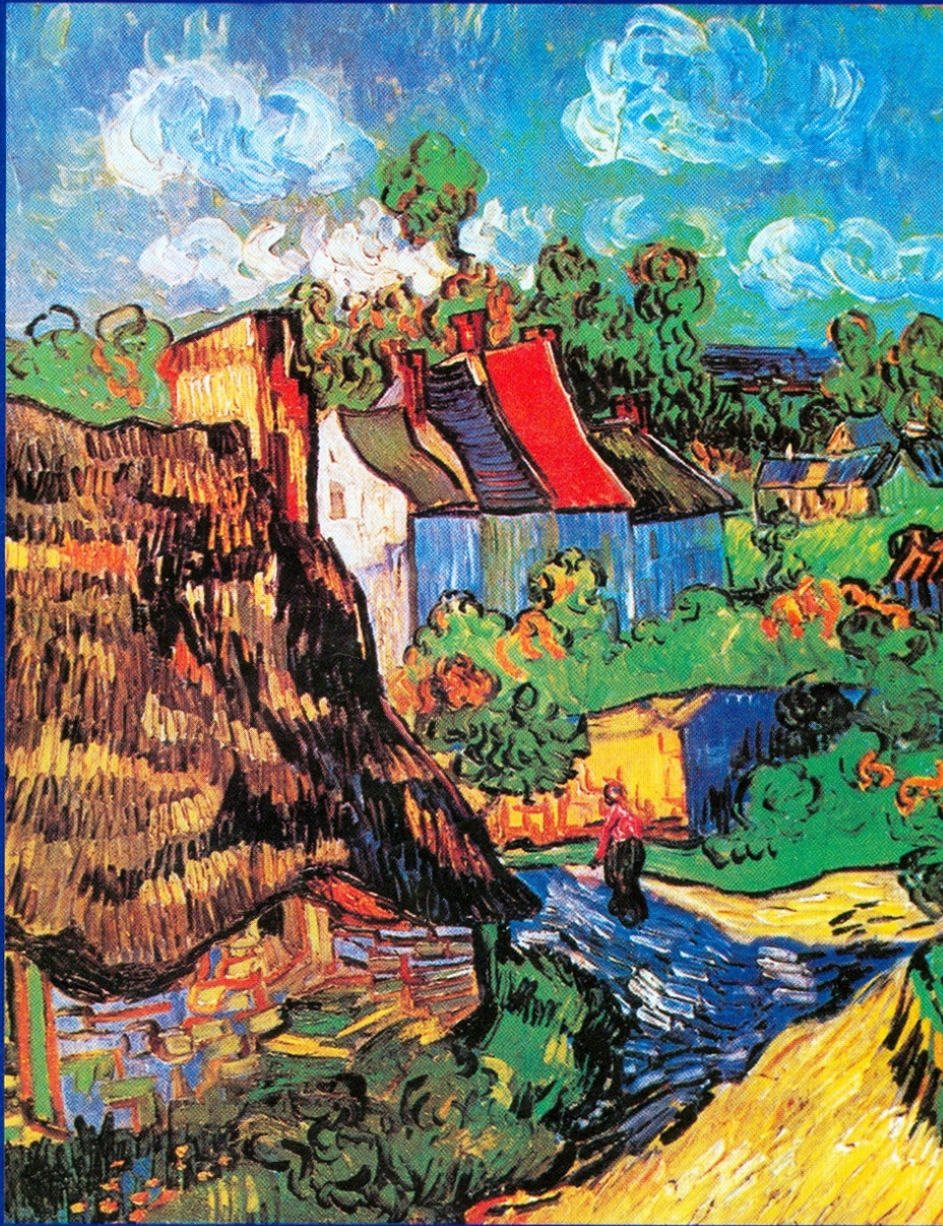


AGENDA *Cultural*



Universidad
de Antioquia
1803



Recuerdo navideño (cuento del escritor Truman Capote)

Congreso Internacional Salud para todos, Desarrollo de políticas en salud pública para el siglo XXI

Alexander Von Humboldt - Vida y Obra • Encuentro de Egresados Facultad de Comunicaciones

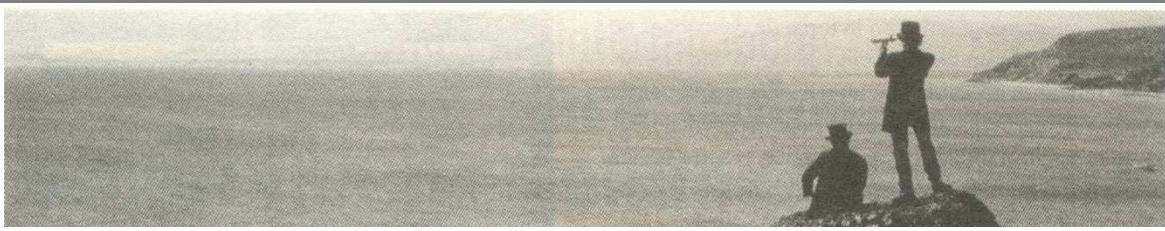
La Universidad está en cada uno de nosotros **196** años

Presentación

Como un regalo de Navidad, y a la vez como un saludo de año nuevo, la **Agenda Cultural** dedica esta edición a todos los lectores que cada mes le demostraron su respaldo. Igualmente, para todos aquellos que con sus artículos hicieron posible esta realidad cultural.

El tema de este mes remite a la época de la Navidad, y se ha escogido para tal fin un hermoso cuento del escritor estadounidense Truman Capote, texto que, sin duda, plantea otro sentido y otro significado para vivir y celebrar las fiestas decembrinas.

Desde ya, y acorde con la exigencia de nuestros lectores, se planea para el próximo año una nueva imagen para la Revista, que permita una estructura más ágil y dinámica, y así cumplir a cabalidad con este propósito colectivo de proyectar efectivamente las realizaciones culturales, académicas y científicas de la Universidad.



Alexander Von Humboldt

Vida y obra

Por Fernando Valencia Vélez

En 1799, a mediados de mayo, el investigador alemán Alexander Von Humboldt se embarcó en la corbeta “Pizarro”, rumbo al continente americano. Su misión era descubrir y conocer los recursos naturales, pero no aquellos que daban el poder y la riqueza material, sino aquellos que engrandecían el espíritu e interesaban a un investigador, aquellos que permitían dar cuenta de otros lugares, fuera del Viejo Continente, interesantes para el conocimiento de la humanidad, sitios que podían resolver muchos misterios para la ciencia.

Es así como al amanecer del 16 de julio de 1799, dos meses después de iniciado su viaje, llega a la costa de Cumaná en Venezuela, y comienza un recorrido durante cinco años, en el cual logra grandes descubrimientos, luego publicados en el libro *Viajes a las regiones equinociales del nuevo continente*. En él describiría la geografía cambiante y diversa del continente, contrastada por bosques, selvas, extensos valles, grandes llanuras y empinadas montañas, centrándose en la fauna, la flora, los paisajes y las culturas propias

de cada región.

Humboldt, como investigador científico, se destacó por sus estudios en el campo de la cosmografía, la biología, la botánica, la zoología, la geología, la economía y el humanismo, y sobresalió por su sensibilidad humana y social, así como por ser un gran pintor de la naturaleza, un gran observador de los fenómenos naturales y un gran intelectual.

En América, Humboldt se puso en contacto con investigadores y expediciones científicas para intercambiar experiencias, lo que contribuyó a enriquecer el conocimiento sobre el Nuevo Mundo. Estando allí comprendió las grandes diferencias entre América y Europa, y evitó señalar al viejo mundo como modelo para resolver los problemas americanos, reconoció el valor cultural de los nativos y planteó un futuro, a partir de los recursos propios, para una sociedad justa y libre, basada en la perspectiva del continente.

Su viaje finalizó en agosto de 1804, y dejó un legado de conocimiento del Nuevo Mundo al resto de la humanidad. Por eso, el Museo

Universitario de la Universidad de Antioquia rinde tributo a este gran científico, en la conmemoración de los doscientos años de su viaje a tierras americanas, con la exposición denominada **Alexander Von**

Humboldt - Vida y Obra, que estará exhibida hasta el 15 de diciembre.

Fernando Valencia Vélez, curador sección Ciencias Naturales del Museo Universitario.



Congreso Internacional Salud para todos, Desarrollo de políticas en salud pública para el siglo XXI

¿Qué es la Salud Pública? ¿Cuál es su historia? ¿Es diferente de la Medicina? ¿Existe Salud Pública en Colombia? ¿Se están diseñando políticas concretas en este tema? ¿Está en crisis? ¿Cuál es la situación de la inversión social, la calidad de vida, la salud y la paz, la salud pública y la seguridad social, la promoción y la prevención en la salud pública, las reformas sociales y la organización de los sistemas de salud? Son algunos de los interrogantes que serán abordados en el Congreso Internacional Salud para todos: Desarrollo de Políticas en Salud Pública para el Siglo XXI, que organiza la Facultad Nacional de Salud Pública Héctor Abad Gómez. El evento se realizará en el Hotel Intercontinental de Medellín, del 7 al 10 de diciembre.

El Congreso propiciará simultáneamente el encuentro de diferentes estamentos estrechamente vinculados y comprometidos con la salud pública, tales como estudiantes y profesores de pregrado y de pos grado de las diferentes escuelas en el área de la salud pública, egresados de la Facultad en sus programas académicos durante 35 años, organismos internacionales, ministerios de salud, instituciones de

servicio, asociaciones gremiales y científicas, ONGs, y demás actores sociales comprometidos en el estudio y el desarrollo de la salud pública.

En el acto de instalación se espera la participación del presidente de la república de Colombia, doctor Andrés Pastrana Arango, y del ministro de salud, doctor Virgilio Galvis Ramírez. Igualmente, la ceremonia contará con la presencia del rector de la Universidad de Antioquia, doctor Jaime Restrepo Cuartas; el decano de la Facultad Nacional de Salud Pública, John Flórez Trujillo, y del gerente del Congreso José Pablo Escobar Vasco.

Este importante evento reafirma el compromiso de la Universidad de Antioquia con el debate y la reflexión en torno a la salud pública, su quehacer, sus transformaciones más recientes y necesarias, así como su articulación con otras áreas relacionadas con la atención en salud y la seguridad social.

El principal antecedente del Congreso Internacional es el Seminario Taller Nacional realizado en diciembre de 1998. En esa oportunidad se planteó la necesidad de erigir la salud pública como una función indelegable de la instancia pública, como derecho básico a

la calidad de vida y como área indiscutible para el alcance de mayores niveles de bienestar social. Se reconocieron, además, avances como la mayor participación de actores sociales antes marginados en la toma de decisiones en tomo al logro de un mejor estado de salud. Sin embargo, se reiteró la necesidad de inscribir los márgenes de acción y de participación de estas instancias en el marco de la territorialidad, cuya definición resulta básica para la salud pública frente al mercadeo de servicios de salud, ahora presentes en el marco asistencial.

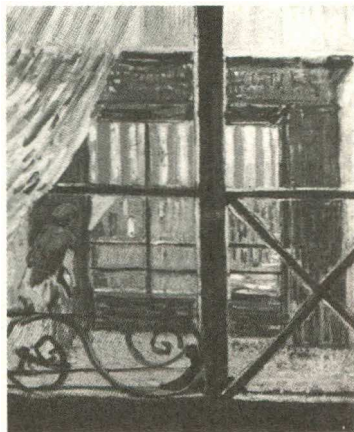
El Congreso Internacional Salud para todos: Desarrollo de Políticas en Salud Pública para el Siglo XXI, surge como respuesta a ese debate, y se propone concitar en el mismo espacio los diferentes puntos de vista, posturas y propuestas alrededor del tema.

Los objetivos generales del Congreso son:

- Analizar y discutir los avances y perspectivas de la estrategia de la Salud para Todos con el fin de contribuir al desarrollo de políticas de salud pública para el siglo XXI.
- Formular propuestas de intervención que permitan el avance de la Salud Pública.
- Revisar y proponer ajustes a las políticas de formación del recurso humano y de investigación en salud pública, que se desarrollan en las escuelas de los diferentes países.

En el trabajo conjunto se realizarán otras importantes actividades como la Reunión de la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Educación en Salud Pública -ALAESp-, que contará con representantes de México, Venezuela, Perú, Chile, Argentina, Nicaragua, Cuba, Costa Rica, Brasil y Colombia; la Conformación de la Red Latinoamericana por la Salud Pública, por medio de la organización de una página web que ofrezca información sobre la formulación de políticas en salud pública, ejecución, procesos de participación ciudadana, aglutinación de esfuerzos, análisis económicos y políticos sobre diferentes problemáticas, y el acercamiento a los eventos que se desarrollan de manera continua. Igualmente, harán parte de esta importante actividad académica las Jornadas de Investigación y el Encuentro de Egresados de todos los programas de pregrado y pos grado en los 35 años de la Facultad, con el fin de integrar, organizar y fortalecer el sentido de pertenencia con el Alma Máter.

Recuerdo Navideño



Vincent van Gogh.
Carnicería vista a través de una ventana. 1888
Óleo sobre lienzo sobre cartón, 39.5 x 32.5 cms.

Por: Truman Capote

Una mañana de últimos de noviembre. Un amanecer de invierno, hace más de veinte años. La cocina de una vieja casa espaciosa en una aldea. Constituye su rasgo principal una gran estufa negra; pero hay también una gran mesa redonda y una chimenea con dos mecedoras colocadas ante ella. Aquel día comenzaba en la chimenea el rugido

invernal.

Una mujer de pelo corto y canoso está de pie ante la ventana de la cocina. Lleva zapatos de tenis y un informe suéter gris sobre un vestido de algodón veraniego. Es pequeña y vivaracha como una gallinita de Bantam; pero, debido a una larga enfermedad de la infancia, sus hombros son lastimosamente gibosos. Su rostro es singular..., parecido al de Lincoln, así de áspero, curtido por el sol

*La Agenda Cultural,
con motivo de la
Navidad, quiere
regalar a sus lectores
el hermoso cuento
Recuerdo Navideño,
del autor
estadounidense
Truman Capote,
un texto cálido
y lleno de virtudes,
como tantos del
genial sureño.*



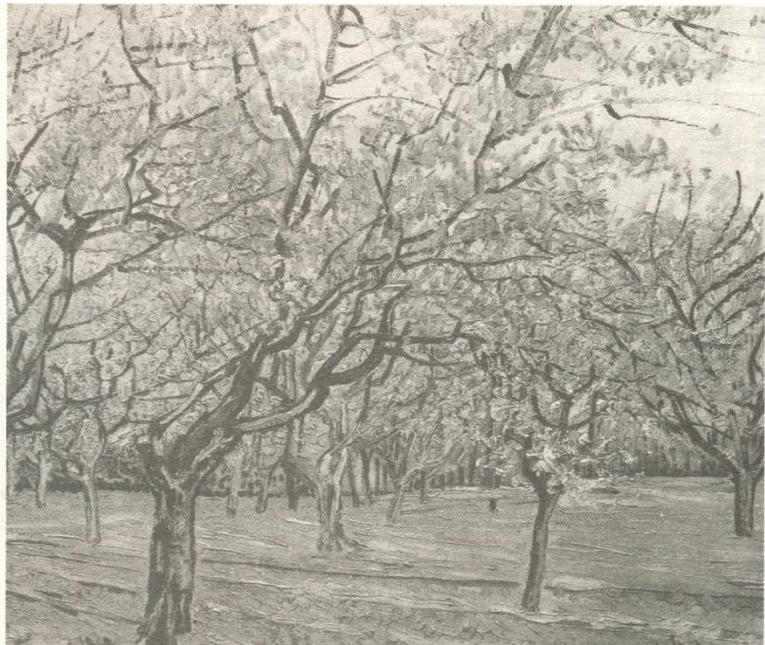
Vincent van Gogh. *Paisaje nevado con Arles al fondo.* 1888. Óleo sobre lienzo, 50 x 60 cms.

y el viento; pero también es delicado, de fino trazo, y sus ojos son tímidos, color de cereza.

-¡Oh, madre mía!- exclama, empañando el vidrio de las ventanas con su aliento-. ¡Llegó el tiempo de los pasteles de frutas!

La persona a quien habla soy yo. Tengo siete años; ella, sesenta y pico. Somos primos, muy distantes, y hemos vivido juntos..., bueno, desde que yo puedo recordar. Viven en la casa otras personas, parientes; y aunque tienen poder sobre nosotros, y con frecuencia nos hacen llorar, en general no advertimos mucho su existencia. Somos el mejor amigo uno de otro. Me llama Buddy, en recuerdo de un muchacho que fue antes su mejor amigo. El otro Buddy murió en 1880 y tantos, cuando ella era todavía una niña. Ahora es todavía una niña.

-Lo supe antes de levantarme -dice, alejándose de la ventana con una excitada decisión en los ojos-. ¡La campana de la Audiencia sonaba tan fría y clara! Y no había pájaros que cantasen; se habían marchado a tierras más cálidas, sí. ¡Oh, Buddy, deja de tragar bizcochos y trae nuestro carrito! Ayúdame a buscar mi sombrero.



Vincent van Gogh. *Huerto con ciruelos en flor* 1888. Óleo sobre lienzo, 60 x 81 cms.

Tenemos que hacer treinta pasteles.

Siempre lo mismo: llega una mañana de noviembre y mi amiga, como inaugurando oficialmente la época navideña que alborozaba su imaginación y aviva las llamas de su corazón, anuncia: "¡Llegó el tiempo de los pasteles de frutas! Trae nuestro carrito. Ayúdame a buscar mi sombrero".

Se encuentra el sombrero, una rueda de paja adornada con rosas de terciopelo que la intemperie ha marchitado: en otro tiempo perteneció a una parienta más elegante. Los dos juntos empujamos nuestro carrito, un destrozado coche de niño, hacia el jardín y hacia un bosquecillo de pacanas. El carrito es mío, es decir, fue

comprado para mí cuando nací. Está hecho de mimbre, bastante desbaratado, y las ruedas se bambolean como las piernas de un borracho. Pero es un servidor leal; en primavera, lo llevamos a los bosques y lo llenamos de flores, hierbas, helechos para las macetas de nuestra galería; en verano, lo cargamos con provisiones para el *picnic* y con cañas de azúcar para pescar, y lo empujamos hasta la orilla del arroyo; también tiene sus usos invernales: transportar leña del patio a la cocina, servir de cama tibia para Queenie, nuestra pequeña terrier anaranjada y blanca, vigorosa, que ha sobrevivido a enfermedades y a dos mordeduras de serpiente cascabel. Ahora Queenie va trotando junto al carrito.

-No debemos, Buddy. Si empezamos no pararemos. Y apenas si alcanza con esto. Para treinta pasteles.

La cocina está oscureciéndose. El crepúsculo convierte la ventana en un espejo: nuestro reflejo se muestra con la luna naciente mientras trabajamos junto a la chimenea al resplandor del fuego. Por último, cuando la luna ya está alta, arrojamos la última cáscara al fuego y, suspirando al unísono, la vemos encenderse. El carrito está vacío, la vasija llena hasta el borde.

Cenamos (bizcochos fríos, tocino, dulce de zarzamora) y discutimos sobre lo que haremos mañana. Mañana empieza la clase de trabajo que me gusta más: comprar. Cerezas y sidra, jengibre y vainilla, pasas y nueces y whisky, y, ¡oh, tanta harina, mantequilla, tantos huevos, especias, esencias! ¡Caramba, necesitaremos un pony para tirar del carrito hasta la casa!

Pero antes de que se puedan efectuar esas compras, está la cuestión del dinero. Ninguno de los dos lo tiene. Excepto las

miserables sumas que alguna vez obtenemos de las personas de la casa (diez centavos se consideran una gran cantidad), o lo que ganamos con ciertas actividades: ventas diversas, de cubos llenos de moras cosechadas por nosotros, tarros de mermelada y jalea de manzanas y conservas de melocotón hechas en casa, flores para los entierros y las bodas. Una vez ganamos un concurso sobre fútbol nacional. No es que entendiéramos nada de fútbol. Es, simplemente, que participábamos en cualquier concurso de que tuviéramos noticias: en aquel momento nuestras esperanzas se cifraban en el gran premio de cincuenta mil dólares ofrecidos para dar nombre a una nueva marca de café (propusimos "A.M."; y, después de alguna vacilación pues mi amiga pensaba que acaso sería sacrílego el eslogan "A.M. Amen"). Para decir la verdad, nuestra única empresa "realmente" provechosa fue el Museo de Rarezas y Diversiones que organizamos en el cobertizo de un patio, dos veranos antes. Las Diversiones consistían en una linterna mágica con vistas de Washington y de Nueva York que nos prestó una parienta



Vincent van Gogh, *Naturaleza muerta con cafetera, loza y frutas*. 1888. Óleo sobre lienzo, 65 x 81 cms.



Vincent van Gogh. *Naturaleza muerta con cesto de naranjas*. 1888. Óleo sobre lienzo, 45 x 54 cms.

que había estado en aquellos lugares (y se puso furiosa cuando descubrió para qué se la habíamos pedido); las Rarezas, un polluelo de tres patas empollado por una de nuestras gallinas. Todo el mundo quería ver aquel polluelo; hacíamos pagar un níquel a los mayores y dos centavos a los niños. Y habíamos colectado lo menos veinte dólares cuando se cerró el museo por la muerte de la principal atracción.

Pero de una manera o de otra, cada año reuníamos ahorros para Navidad, el Fondo de los Pasteles de Frutas. Guardábamos ese dinero en una vieja bolsa de cuentas, bajo una tabla suelta del piso, bajo el orinal, bajo la cama de mi amiga. Rara vez sacábamos la bolsa de su seguro escondrijo, excepto para depositar dinero o, como sucede cada sábado, para retirado; pues los sábados se me conceden diez centavos para ir al cine. Mi amiga no ha ido nunca al cine ni piensa ir. Dice:

-Prefiero que me lo cuentes, Buddy. De esta manera puedo imaginar más. Por otra parte, una persona de mi edad no debe gastarse la vista. Cuando el Señor venga, que pueda

verlo claramente.

Ahora, terminada la cena, nos retiramos a nuestra habitación, situada en una parte remota de la casa, donde mi amiga duerme en una cama de hierro cubierta con una vieja colcha y pintada de rosa, su color favorito. Silenciosamente, entregados a los placeres de la conspiración, sacamos la bolsa de su escondrijo y derramamos su contenido sobre la colcha. Billetes de a dólar apretadamente enrollados y verdes como brotes de mayo. Sombrias monedas de a cincuenta centavos, lo bastante pesadas para mantener cerrados los ojos de un muerto. Hermosas piezas de a diez, la moneda más viva, la que realmente tintinea. Níqueles y cuartos de dólar, pulidos por el uso como guijarros de arroyo. Pero, más que nada, un odioso montón de centavitos de color ocre. El verano pasado los otros de la casa convinieron en pagamos un centavo por cada veinticinco moscas que matáramos. ¡Oh, la carnicería de agosto, las moscas que volaron al cielo! Sin embargo, ése no era un trabajo que nos enorgulleciera. Y mientras estábamos sentados contando centavos, era como si volviéramos a hacer el recuento de moscas muertas. Ninguno de



Vincent van Gogh. *El burdel*, 1888. Óleo sobre lienzo, 33 x 41 cms.

los dos tenía cabeza para los números; contábamos lentamente, nos equivocábamos, volvíamos a empezar. De acuerdo con los cálculos de mi amiga, tenía \$12.73. Según los míos, exactamente \$13.

-Espero que te hayas equivocado, Buddy. No podemos hacer nada con trece. Los pasteles saldrían mal. O alguien iría al cementerio. ¡Ni pensar en levantarme de la cama el día trece!

Eso es verdad: mi amiga siempre pasa los días trece en la cama. Por tanto, para asegurarnos, separamos un centavo y lo arrojamos por la ventana.

De todos los ingredientes que componen nuestros pasteles de frutas, el whisky es el más caro, así como el más difícil de obtener: las leyes del estado prohíben su venta. Pero todo el mundo sabe que se puede comprar una botella al señor Jajá Jones. Al día siguiente, terminadas nuestras compras más prosaicas, nos dirigimos al establecimiento del señor Jajá, un "pecaminoso" (según la opinión pública) café, donde hay baile y

frituras de pescado, a la orilla del río. Habíamos estado allí antes y con el mismo objeto; pero los años anteriores tratamos con la esposa de Jajá, una india oscura como el yodo, pelo oxigenado color latón y un aire de extrema fatiga. Nunca, en verdad, habíamos visto a su marido, aunque habíamos oído decir que también es indio. Un gigante con cicatrices de navaja en las mejillas. Lo llaman Jajá porque es muy ceñudo, un hombre que nunca ríe. A medida que nos acercábamos al café (larga cabaña de troncos, festoneada dentro y fuera con filas alegres y deslumbradoras de bombillas eléctricas, que se levantaban junto a la orilla fangosa del río, bajo la sombra de árboles ribereños donde el musgo sube entre las ramas como niebla gris), nuestros pasos se hacían más lentos. Hasta Quennie deja de corretear y anda muy pegada a nosotros. Ha habido asesinatos en el café de Jajá. Personas despedazadas. Descalabradas. Hay un caso que irá al tribunal el mes próximo. Naturalmente, tales sucesos ocurren por la noche, cuando las luces de colores proyectan dibujos fantásticos y el fonógrafo aúlla. De día, el establecimiento de Jajá se ve mísero y

desierto. Llamo a la puerta, Queenie ladra, mi amiga grita:

-¿Señora Jajá? ¿Señora? ¿Hay alguien en la casa? Pasos. La puerta se abre. Nuestros corazones dan un vuelco. ¡Es el propio señor Jajá Jones! Y “es” un gigante; y “sí” tiene cicatrices; y “no” sonrío. Ceñudo, nos mira con ojos oblicuos de Satán y pregunta:

-¿Qué quieren de Jajá?

Por un momento estamos demasiado paralizados para contestar. Al fin mi amiga encuentra a medias su voz, un susurro de voz a lo sumo:

-Si nos hace el favor, señor Jajá, quisiéramos un litro de su mejor whisky.

Sus ojos se inclinan más. ¿Quién lo creería? ¡Jajá está sonriendo! Es más, ríe.

-¿Quién de ustedes es el bebedor?

-Es para hacer pasteles de fruta, señor Jajá. Para cocinar.

Eso lo calma. Frunce el ceño.

-¡Qué manera de malgastar el buen whisky! No obstante, se retira dentro del sombrío café y unos segundos más tarde aparece con una botella sin etiqueta llena de licor de un amarillo de margarita. Muestra su reflejo a la luz del sol y dice:

-Dos dólares.

Le pagamos con monedas de a diez, cinco y un centavo. De pronto, mientras agita las monedas en su mano como si fuesen dados, su cara se suaviza.

-¿Saben qué les digo? -propone, volviendo a meter el dinero en nuestra bolsa de cuentas-. En vez de pagar, mándenme uno de esos pasteles de frutas.

-Bueno -observa mi amiga por el camino de regreso a casa-, es un hombre encantador.

Pondremos una taza más de pasas en “su” pastel.

La estufa negra, cargada de carbón de leña, resplandece como una calabaza iluminada por dentro. Las batidoras de huevos giran, las cucharas revuelven las vasijas de mantequilla y de azúcar, la vainilla endulza el aire, el jengibre lo hace picante; una mezcla de olores que producen hormigueo a las narices satura la cocina, se difunde por la casa, se esparce por el mundo en bocanadas de humo de la chimenea. En cuatro días

nuestra obra ha terminado. Treinta y un pasteles, empapados de whisky, en los antepechos de las ventanas y los anaqueles.

¿Para quiénes son? Amigos. No necesariamente amigos de la vecindad: realmente, la mayor parte están destinados a personas a quienes hemos visto quizás una vez, quizás nunca. Personas que han impresionado nuestra imaginación. Como el presidente Roosevelt.

Como el reverendo J. C. Lucey y su esposa, misioneros baptistas en Borneo que dieron conferencias aquí el invierno anterior. O el pequeño afilador que viene a recorrer la aldea dos veces al año. O Abne Packer, el conductor del autocar de Mobile de las seis, con quien cambiamos ademanes de saludo cada día cuando pasa en una nube veloz de polvo. O los jóvenes Wiston, una pareja de California, cuyo coche una tarde se averió frente a la casa y pasaron una hora agradable charlando con nosotros en la galería (el joven señor Wiston nos sacó una instantánea, la única fotografía que nos han hecho en nuestra vida). ¿Es debido a que mi

Por eso al atravesar un patio de la escuela en esta particular mañana de diciembre, voy escudriñando el firmamento. Como si esperase ver, semejantes a corazones, un par de cometas sueltas que corren hacia el cielo.

amiga es tímida con todo el mundo, “excepto” con los extraños, que esos extraños, y las relaciones más fugaces, nos parecen nuestros verdaderos amigos? Creo que sí. También los álbumes donde guardábamos las palabras de agradecimiento en papel de cartas de la Casa Blanca, alguna que otra comunicación de California y Borneo, las postales de a centavo del afilador, nos hacían sentirnos unidos a unos mundos extraordinarios más allá de la cocina con sus vistas a un cielo limitado.

Ahora la rama desnuda de una higuera, en diciembre, roza la ventana. La cocina está vacía, los pasteles han desaparecido; ayer llevamos el último de ellos a la oficina de correos, donde el importe de los sellos dejó vacía nuestra bolsa. Estamos sin un centavo. Esto me deprime, pero mi amiga insiste en celebrarlo..., con dos dedos de whisky que queda en la botella de Jajá. Damos a Queenie una cucharada en una taza de café (le gusta el café con sabor de achicoria y fuerte). El resto lo dividimos entre dos copas. Ambos amedrentados antes la perspectiva de tomar whisky puro; su sabor provoca gestos contraídos y estremecimientos. Pero poco a poco nos ponemos a cantar, cada uno diferentes canciones simultáneamente. No sé la letra de la mía, sólo: “Ven, ven a la ciudad oscura, al baile de los faroleros”. Pero sé bailar: quiero ser un bailarín de cine. Mi sombra danzante retoza sobre las paredes; nuestras voces sacuden la vajilla; reímos como si manos invisibles nos hicieran cosquillas. Queenie rueda sobre su espalda, sus patas se agitan en el aire, algo como una sonrisa estira sus labios negros. Por dentro me siento arder y chispear como esos leños que se desmoronan, despreocupados como el viento en la chimenea. Mi amiga da vueltas de vals en tomo a la estufa, sosteniendo entre sus dedos el borde de su pobre falda de algodón

como si fuera un vestido de baile. “Enséñame el camino para ir a casa”, canta, mientras sus zapatos de tenis chirrían sobre el piso. “Enséñame el camino para ir a casa...”.

Entran dos parientas. Muy enojadas. Potentes, con ojos que escarban, lenguas que escaldan. Escuchad lo que tienen que decir, palabras que caen con tono iracundo: -¡Un niño de siete años! ¡Whisky en su aliento! ¿Has perdido el juicio? ¡Licor a un niño de siete años! ¡Si serás necia! ¡Camino de la perdición! ¿Recuerdas a la prima Kate? ¿Al tío Charlie? ¿Al cuñado del tío Charlie? ¡Vergüenza! ¡Escándalo! ¡Humillación! ¡Arrodíllate, reza, ruega al señor!

Queenie se esconde bajo la estufa. Mi amiga mira sus zapatos. Su barbilla tiembla, levanta su falda y se limpia la nariz y corre a su habitación. Cuando ya hace mucho que la ciudad duerme y la casa está silenciosa, excepto por los relojes al dar las horas y el chisporroteo de los fuegos que van apagándose, está llorando sobre una almohada ya tan mojada como el pañuelo de una viuda.

-No llores -le digo, sentado a los pies de su cama y temblando a pesar de mi camisa de noche de franela que huele a jarabe para la tos del invierno pasado. No llores -le ruego tironeándole los dedos de los pies y haciéndole cosquillas-, eres demasiado vieja para eso.

-Es porque -dice, en un hipo- “soy” demasiado vieja. Vieja y ridícula.

-No ridícula. Divertida. Más divertida que nadie.

Oye: Si no dejas de llorar, mañana estarás tan cansada que no podremos ir a cortar un árbol.

Se incorpora. Queenie salta sobre la cama (cosa que le está prohibida) y le lame las mejillas.

-Sé donde encontraremos árboles verdaderamente hermosos, Buddy. Y acebo también. Con bayas grandes como tus ojos. Es muy adentro de los bosques. No hemos ido nunca tan lejos. Papá nos traía árboles de Navidad de allí; los cargaba sobre su hombro. De eso hace cincuenta años. Bueno, ¡No puedo esperar la mañana! Mañana. La hierba resplandece con la escarcha; el sol, redondo como una naranja y anaranjado como las lunas del tiempo cálido, se alza en equilibrio sobre el horizonte, pule los bosques plateados de invierno. Un pavo silvestre canta. Un cerdo vagabundo gruñe entre la maleza. Pronto, a la orilla del agua de rápida corriente, profunda hasta llegar a la rodilla, tenemos que abandonar el carrito. Queenie es la primera en vadear el arroyo, chapotea ladrando plañideramente a la rapidez de la corriente y a su frialdad capaz de producir neumonía. Nosotros la seguimos, sosteniendo nuestros zapatos y un equipo (un hacha y un saco de arpillera) sobre nuestras cabezas. Una milla más de espinas, zarzas y cardos atormentadores que se agarran a nuestros vestidos; de rojizas agujas de pino, brillantes, mezcladas con hongos de alegres colores y plumas de pájaros. Aquí y allá, un vuelo fugaz, un alboroto, una explosión de chillidos nos recuerda que no todas las aves han volado hacia el Sur. Siempre el sendero serpentea

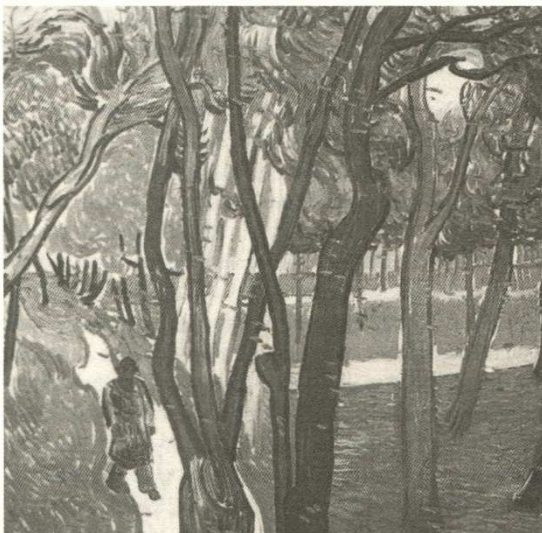
entre charcos de sol almidonado y oscuras bóvedas de ramas. Hay que cruzar otro arroyo: una alborotada flota de abigarradas truchas agita el agua a nuestro alrededor, y ranas del tamaño de platos practican las zambullidas de panza: obreros castores están construyendo un dique. En la otra orilla, Queenie se sacude y tiembla. Mi amiga también se estremece, no de frío sino de entusiasmo. Una de las maltrechas rosas de su sombrero suelta un pétalo cuando ella levanta la cabeza y aspira el aire cargado de aroma de pino.

-Ya casi llegamos. ¿Los hueles, Buddy? - Dice, como si nos acercáramos al océano.

Y, en efecto, es una especie de océano. Grandes extensiones perfumadas de árboles navideños, acebos de punzantes hojas. Bayas rojas como brillantes campanillas chinas: los negros cuervos se precipitan chillando sobre ellas. Ya llenos nuestros sacos de suficiente verde y escarlata para rodear de guirnaldas una docena de ventanas, vamos a elegir un árbol, por fin.

-Debe ser -murmura mi amiga- dos veces más alto que un muchacho. De esta manera ningún muchacho podrá robar la estrella.

El que elegimos es dos veces más alto que yo. Hermoso y valiente bruto que sobrevive a treinta hachazos antes de ceder con un crujiente grito de rendición. Tomándolo como un animal muerto, empezamos el largo arrastre. A los pocos metros abandonamos la lucha, nos sentamos y jadeamos. Pero tenemos la fuerza de los cazadores victoriosos; esto y el perfume frío y viril del árbol nos reaniman, nos aguijonea. Muchos elogios acompañan nuestro regreso, a puesta de sol, por la carretera de arcilla roja que lleva a la aldea; pero mi amiga es taimada y evasiva cuando los viandantes alaban el tesoro cargado en



Vincent van Gogh. *Paseante en el parque, la caída de la hoja*. 1888. Óleo sobre lienzo.

nuestro carrito.

-¡Qué hermoso árbol! ¿De dónde lo traen?

-De por allá -murmura ella, vagamente.

Una vez se detiene un coche y la holgazana esposa del rico propietario del molino se asoma y relincha: -Les doy veinte centavos por ese viejo árbol. Ordinariamente mi amiga tiene miedo de decir que no; pero en esta ocasión sacude prontamente la cabeza:

-No lo daríamos ni por un dólar.

-¡Un dólar! ¡Madre! Cincuenta centavos. Es lo más que les doy. ¡Por Dios, mujer!, pueden ir a buscar otro.

En respuesta, mi amiga observa suavemente: -Lo dudo. Nunca hay dos de nada.

En casa, Queenie se deja caer junto al fuego y duerme hasta la mañana, roncando fuerte como un ser humano.

Un baúl en el desván contiene una caja de zapatos llena de colas de armiño (procedente de una capa de teatro de una curiosa dama que una vez alquiló una habitación en la casa), rollos de colgajos de relumbrón dorados por los años, una estrella de plata, una corta serie de bombillas acarameladas, viejas, indudablemente peligrosas. Excelente decoración hasta donde alcanza, que no es lo suficiente: mi amiga quiere que nuestro árbol resplandezca "como una ventana de los Baptistas", que se doble bajo el peso de las nieves de adorno. Pero no podemos costear los esplendores de fabricación japonesa que venden en el "cinco y diez". Por tanto, hacemos lo que hemos hecho siempre: pasar días sentados ante la mesa de la cocina con tijeras y lápices y montones de papel de colores. Yo hago los dibujos y mi amiga los recorta: gran cantidad de gatos, peces también (porque son fáciles de dibujar), algunas manzanas, algunas sandías, unos pocos ángeles alados hechos de envoltorios

de papel de estaño que tenemos guardado. Empleamos imperdibles para sujetar al árbol esas creaciones: como toque final, salpicamos las ramas con algodón desmenuzado (recogido en agosto con ese propósito). Mi amiga, contemplando el efecto, junta sus manos.

-Ahora, francamente, Buddy, ¿no te parece bueno para comer? Queenie trata de comerse un ángel.

Después de tejer y adornar con cintas las coronas de acebo para todas las ventanas de la fachada, nuestro proyecto inmediato es la preparación de los regalos para la familia. Pañoletas para las damas, para los hombres un jarabe, preparado en casa, de limón, regaliz y aspirina, para tomarlo "a los primeros síntomas de un resfriado y después de cazar". Pero cuando llega la hora de preparar nuestros mutuos regalos, mi amiga y yo nos separamos para trabajar secretamente. Me gustaría comprarle un cuchillo con mango de nácar, una radio, una libra de cerezas cubiertas de chocolate (una vez probamos algunas y ella siempre jura: Viviría sólo de cerezas, Buddy. ¡Señor, sí,



Vincent van Gogh. *La recolección de la aceituna*, 1889. Óleo sobre lienzo, 72.4 x 89.9 cms.



Vincent van Gogh, *La iglesia de Auvers*, 1890. Óleo sobre lienzo, 94 x 74 cms.

podría...!, y esto no es tomar Su nombre en vano”). En vez de todo eso, le estoy haciendo una cometa. A ella le gustaría regalarme una bicicleta (lo ha dicho un “millón de veces: “Si yo pudiera, al menos, Buddy. Ya es bastante malo pasar la vida sin lo que ‘uno’ desea; pero, que Dios lo confunda, lo que me fastidia es no poder dar a 'alguien' lo que deseo que tenga. Pero cualquier día lo haré, Buddy. Te encontraré una bicicleta. No preguntes cómo, la robaré quizá”). En vez de eso, estoy casi seguro de que me está haciendo una cometa..., igual que el año pasado, y que el anterior: el anterior a ese nos regalamos hondas. Todo lo cual me parece muy bien. Pues somos campeones de vuelo de cometa, sabemos estudiar el viento como los marineros; mi amiga, más experta que yo, puede elevar una cometa cuando ni siquiera sopla brisa suficiente para arrastrar las nubes.

La víspera de Navidad, por la tarde, reunimos un níquel y vamos a la carnicería a comprar el regalo tradicional para Queenie, un buen hueso de ternera para roer. El hueso, envuelto en papel fantasía, se cuelga alto en el árbol, cerca de la estrella de plata. Queenie sabe que está allá.

Se agazapa al pie del árbol mirando hacia arriba en un arrobamiento codicioso. Cuando llega la hora de ir a dormir se niega a moverse. Su excitación es igualada por la mía. Levanto a patadas las mantas y doy vueltas a la almohada como si fuese una abrazadora noche de verano. En algún lugar canta un gallo, falsamente, pues el sol está todavía al otro lado del mundo.

-¿Buddy, estás despierto?

Es mi amiga que me llama desde su habitación, contigua a la mía; y un momento más tarde está sentada en mi cama, sosteniendo una vela.

-Bueno, no puedo dormir ni tanto así - declara-

Mi pensamiento salta como una liebre. Buddy, ¿crees que la señora Roosevelt servirá nuestro pastel en la cena?

Nos arrebujaamos en la cama y ella me oprime la mano con ternura.

-Diría que tu mano era mucho más pequeña. Creo que me disgusta verte crecer. Cuando seas mayor, ¿seremos amigos todavía?

Yo digo que lo seremos siempre.

-¡Me siento muy triste, Buddy! ¡Deseaba tanto regalarte una bicicleta! Traté de vender el camafeo que me regaló papá. Buddy...

-vacila, como turbada-, te he hecho otra cometa.

Entonces, yo confieso que hice una para ella también; y reímos. La vela está demasiado agotada para seguir ardiendo. Se apaga, y deja ver la luz de las estrellas, esas estrellas que giran en la ventana como un visible villancico al que, lentamente, lentamente, el alba acalla. Posiblemente estemos adormilados; pero los primeros resplandores de la aurora nos rocían como agua fría; ya estamos levantados, con los ojos muy abiertos y dando vueltas mientras esperamos que los demás despierten. Adrede, mi amiga deja caer un caldero sobre el suelo de la cocina. Yo bailo repiqueteando con los pies, frente a las puertas cerradas. Uno a uno salen los de la casa, con cara de querer matarnos a los dos; pero es Navidad y, por tanto, no pueden hacerla. Primero, un espléndido desayuno: absolutamente todo lo que uno puede imaginar..., desde las tortas de sartén y la ardilla frita, hasta el pinole y la miel en panal. Lo cual pone a todos de buen humor, menos a mi amiga y a mí. Francamente, tenemos tanta impaciencia por ver los regalos, que no podemos tragar un bocado. Bueno, quedo decepcionado. ¿Quién no lo estaría? Calcetines, una camisa para ir a la escuela dominical, algunos pañuelos, un

suéter usado y un año de suscripción a una revista religiosa para niños. *El Pequeño Pastor*. Me indigna. Realmente me indigna.

Mi amiga saca mejor tajada. Un saco de ciruelas, que es su mejor regalo. Sin embargo, está más orgullosa de un chal de lana blanca tejido por su hermana casada. Pero "dice" que su regalo favorito es la cometa que yo le hice. Y "es" muy hermosa; aunque no tan hermosa como la que ella hizo para mí, que es azul y tachonada de estrellas de Buena Conducta doradas y verdes; además, en ella está pintado mi nombre, "Buddy".

-Buddy, está soplando el viento.

Sopla el viento, y nada haremos sino correr hasta unos prados que hay más abajo de la casa, adonde Queenie había volado para enterrar su hueso (y donde, al otro invierno, Queenie será enterrada también). Una vez allí, sumergidos en la lozana hierba que nos llega hasta la cintura, soltamos nuestras cometas, las sentimos que tiran del cordel como peces del cielo que nadan en el viento. Satisfechos, calientes del sol, nos tendemos en la hierba y pelamos ciruelas y contemplamos el cabriolar de nuestras cometas. Pronto olvido los calcetines y el suéter usado. Soy tan feliz como si ya hubiese ganado el Gran Premio de cincuenta mil dólares en aquel concurso de dar nombre a un café.

-¡Madre, qué tonta soy! -exclama mi amiga, súbitamente alerta, como una mujer que recuerda demasiado tarde que tiene bizcochos en el horno-. ¿Sabes lo que he creído siempre? -pregunta en un tono de descubrimiento y no sonriéndome a mí, sino a un punto situado más allá-. Siempre he creído que un cuerpo tiene que estar enfermo y morir antes de ver al Señor. Y me imaginaba que cuando Él viniese sería como mirar a través de la ventana de los Baptistas:



Vincent van Gogh. *Casas con tejado de paja en Cordeville*, 1890. Óleo sobre lienzo. 72 x 91 cms.

hermoso como un cristal de color atravesado por el sol, un brillo tal que no te enteras de que oscurece. Y ha sido un consuelo pensar en aquel resplandor que hace desaparecer todo el miedo al coco. Pero estoy segura de que eso no sucede nunca. Estoy segura de que en el último momento el cuerpo comprende que el Señor ya se ha mostrado. Que ver las cosas tal como son -su mano hace un ademán circular que abarca nubes y cometas y hierba y a Queenie echando tierra con las patas sobre su hueso-, simplemente como siempre las ha visto, era verlo a Él. En cuanto a mí, podría dejar el mundo con el día de hoy en los ojos.

Esta es nuestra última Navidad juntos.

La vida nos separa. Aquellos que Saben Más deciden que debo ir a una escuela militar. Y de este modo sigue una miserable sucesión de prisiones donde suena la corneta, severos campamentos de verano con toque de diana. Tengo también un nuevo hogar. Pero no cuenta. El hogar es donde está mi amiga, y allí nunca voy.

Y allí permanece ella, entreteniéndose en la cocina. Sola con Queenie. Sola, pues.

(“Buddy querido -escribe con su letra salvaje, difícil de leer-, ayer el caballo de Jim Macy dio a Queenie una cox mortal. Gracias a Dios no sufrió mucho. La envolví en una fina sábana de lino y la llevé en el carrito hasta el pasto de Simpson, donde puede descansar con todos sus huesos...”). Durante algunos noviembrs continúa haciendo sola sus pasteles de frutas; no tantos, pero algunos; y, naturalmente, siempre me manda “el mejor de la hornada”. Además, en cada carta incluye diez centavos envueltos en papel higiénico: “Ve al cine y cuéntame la película”. Pero, gradualmente, en sus cartas tiende a confundirme con su otro amigo, el Buddy que murió en 1880 y tantos. Cada vez más, son no sólo los días trece en que se queda en la cama: llega una mañana de noviembre, un amanecer de invierno sin hojas y sin pájaros, en que no puede levantarse y exclama: “¡Oh, Madre mía! ¡Llegó el tiempo de los pasteles de fruta!”.

Y cuando eso sucede, lo sé. El mensaje que me lo anuncia no hace más que confirmar una noticia que ha recibido ya cierta secreta fibra, amputando una parte insustituible de mí mismo, dejándola suelta como una

cometa con el cordel roto. Por eso al atravesar un patio de la escuela en esta particular mañana de diciembre, voy escudriñando el firmamento. Como si esperase ver, semejantes a corazones, un par de cometas sueltas que corren hacia el cielo.

Traducción de Agusti Bartra, en Desayuno en Tiffanys, Editorial Oveja Negra, 1984, Bogotá.



Truman Capote

Escritor estadounidense nacido en Nueva Orleans en 1942. Su producción de una atmósfera barroca y agitada lo ha consagrado como uno de los jefes de la escuela neorromántica del Sur. *Otras voces, otros ámbitos* (1948), *Color Local* (1950) tratan de sus impresiones de uno de sus viajes a España. *El arpa verde* (1951). *Las musas son escuchadas* (1957) es un reportaje de su viaje a Rusia. *A sangre fría* (1966), de éxito inmediato y fulminante, es uno de los títulos que más fama le ha dado. Su estilo denso y rico en sus primeras producciones ha evolucionado hacia la sobriedad. *El invitado del día de acción de gracias* es de 1969 y en 1976 publicó *Plegarias con respuesta*, obra que despertó gran interés al aparecer por entregas. *Desayuno en Tiffany's* (1958), es una novela de costumbres llevada con gran éxito a la pantalla.